

ANTONIO LORCA

**JOSÉ MARÍA JAVIERRE**

LA SONRISA SEDUCTORA  
DE LA IGLESIA

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2010

Este libro está dedicado a la memoria de Pepe y Marisa, el matrimonio sevillano que en la Semana Santa de 1958 acogió en su casa a José María Javierre. Por su generosidad y grandeza como seres humanos. Porque consiguieron que José María se enamorara de Andalucía y eligiera esta tierra para siempre.

En su ausencia, a sus ocho hijos: Joaquín, María, Marisa, Ángela, José María, Arturo, María del Mar y Lucía Fernández-Palacios Carmona. Todos ellos han sido la «otra» familia de José María.

Y una dedicatoria especial para el hermano pequeño de José María, Andrés Javierre Ortas, y su esposa, Ana Jordana.

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín  
a partir de una fotografía realizada por Miguel Ángel Soler

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2010  
C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España  
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563  
ediciones@sigueme.es  
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1740-6  
Depósito legal: S. 493-2010  
Impreso en España / Unión Europea  
Imprime: Gráficas Varona S.A.  
Polígono El Montalvo, Salamanca 2010

Ni un solo trabajo, ni una sola línea, ni una letra de la nueva publicación dejen de encaminarse a la defensa de la verdad y la justicia.

CARDENAL MARCELO SPÍNOLA  
Fundador de El Correo de Andalucía

Ser cura es imposible, yo lo sé;  
pero también es maravilloso.

JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO  
Sacerdote y escritor

La muerte para aquel será terrible  
con cuya vida acaba su memoria  
no para aquel cuya alabanza y gloria  
con la muerte morir es imposible.

LOPE DE VEGA

## TÉ CON PASTAS

Las páginas que siguen sólo pretenden ser un homenaje de reconocimiento, admiración y afecto a una de las personas que más me han impactado a lo largo de mi vida. No busquen, por tanto, una biografía documentada ni un análisis del entorno sociopolítico que le ha tocado vivir, sino instantáneas de una trayectoria desarrollada a borbotones nacidos de una inteligencia privilegiada, un activismo incansable y una ilimitada curiosidad.

El resultado final es, tal vez, la crónica de una vida y, por tanto, apresurada, superficial si quieren, e incompleta, por supuesto, pero viva, palpitante y divertida, como su propio protagonista. En el tintero duermen muchos más trazos que los que aquí se cuentan, pero así debe ser cuando se trata de una existencia tan plena como la del sacerdote y periodista José María Javierre.

Dicen que ha sido un cura ortodoxo y disciplinado, que ha tenido la santa vergüenza de hacer siempre lo que le ha dado la gana. Aun sin haber ostentado ningún cargo en la Iglesia, la historia de la comunicación católica de las últimas décadas en España no se entiende sin el cura Javierre, un periodista intrépido, incorrecto, rebelde, culto y divertido. Asimismo la profesión periodística lo reconoce como un emblema por su rebeldía y compromiso.

José María ha desarrollado también una extensa y fecunda carrera literaria. Se estrenó con la biografía de san Pío X, *bestseller* entre curas, monjas y seminaristas de los años cincuenta; «resucitó» a aspirantes a santos y los ayudó a subir a los altares; reflexionó sobre casi todos los papas del siglo XX, incluido Benedicto XVI; se embriagó con el misticismo de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, y se hizo sevillano con el cardenal Spínola y madre Angelita. En fin, casi cuarenta libros han salido de su pluma durante algo más de cincuenta años de trabajo, que no es escaso bagaje.

Pero José María no ha sido sólo un sacerdote de arraigada vocación, un periodista avezado y un escritor de santos, sino un hombre singular caracterizado por una vitalidad hiperactiva y poseído por una imaginación desbordante que ha hecho de él un verdadero agitador social. Con vocación de líder desde joven, creó revistas, revolucionó el Colegio español de Roma, fundó el de Múnich, dirigió el diario sevillano El Correo de Andalucía, promovió editoriales, puso en marcha la Gran Enciclopedia andaluza, estuvo al frente de programas religiosos en televisión... Nunca seremos capaces de conocer del todo la multitud de ideas que han bullido en su cabeza, algunas de las cuales abandonó antes de culminarlas para iniciar otras nuevas.

Y ha sido José María, un seductor nato, dueño de una sonrisa contagiosa que ha enamorado a todos los que se han cruzado en su camino; a unos los ha comprometido en sus proyectos; a otros les ha sacado dinero, mucho dinero, para financiarlos; a los más melindrosos los ha escandalizado, y a algunos los ha enfadado de verdad a causa de ese genio de mil demonios que tantas malas pasadas le ha jugado entre sus más directos colaboradores.

Lo conocí en el año 1984, cuando aceptó el ruego del entonces arzobispo de Sevilla, Carlos Amigo, para hacerse cargo, por segunda vez, de la dirección de El Correo de Andalucía, que padecía una gravísima crisis económica y una alarmante pérdida de identidad ante sus lectores. No fueron buenos tiempos ni para él ni para los que trabajábamos en el periódico. La situación era más grave de lo que los de dentro, acostumbrados a las penurias, imaginábamos. Entonces apareció José María con dos objetivos inmediatos que parecían difícilmente alcanzables: hacer un buen periódico –los medios humanos y técnicos eran muy escasos– y sanear las muy maltrechas cuentas del diario.

Pero el momento era tan dramático y tan lejana la solución, que pronto afloraron los nervios. Y todos, José María el primero, sufrimos las consecuencias. Conocí en esa circunstancia su famoso mal genio. Debo de ser el único periodista del mundo que ha recibido broncas nocturnas desde la habitación contigua a los aposentos del Papa. «No me hagas levantar la voz –me decía–, que tengo al Papa al lado». «Pues no grites, que lo vas a despertar». Era una men-

tira piadosa de José María, pues hablaba desde el apartamento vaticano de su hermano cardenal, y las que debían de estar realmente escandalizadas eran las dos monjas que los cuidaban.

Y descubrí también a un periodista imponente, distinto, osado... Un hombre, con quien no llegué a entenderme, que irradiaba un halo especialmente cautivador. Fue lastimoso que las dificultades económicas y las lógicas tensiones laborales impidieran que los miembros de la redacción conocieran y disfrutaran de una personalidad tan fascinante como la de aquel director.

José María se marchó tras dos años de duro trabajo y el objetivo cumplido de situar al periódico en la senda del saneamiento económico. Prueba de ello es que *El Correo*, un muerto en vida por aquellos años, sigue afortunadamente más vivo que nunca.

Comencé entonces a conocer a José María: su trayectoria sacerdotal, sus iniciativas, sus andanzas periodísticas, su capacidad literaria, su bien ganado prestigio, los muchos amigos que lo admiraban y querían, su valentía como director cuando la democracia no era más que un anhelo, su «locura» al afrontar la Gran Enciclopedia de Andalucía..., y no dejaba de sorprenderme su soltura ante las cámaras televisivas de «Últimas Preguntas», primero, y de «Testigos hoy», después, sin haber recibido una sola indicación sobre un nuevo medio desconocido para él.

Me llamó la atención su innata capacidad para hacer amigos, desde cardenales papables hasta la monja más humilde perdida en los Andes peruanos; desde presidentes de gobiernos y ministros hasta la señora que vende churros en el sevillano Arco del Postigo; desde científicos e investigadores hasta el taxista con el que a menudo se encontraba en la calle. Tantos han sido los amigos y conocidos de José María y, en consecuencia, los compromisos que con muchos de ellos ha contraído que, como él mismo cuenta con gran desparpajo y algo de exageración, durante una de sus largas estancias en Madrid como responsable de la sección religiosa del desaparecido diario *Ya*, cenaba dos veces todas las noches con el fin de atender al máximo número de invitaciones de congregaciones, compañeros y familias. La primera, sobre las nueve, en la que explicaba a sus anfitriones que era un hombre frugal en las comidas y que sólo tomaba una sopa o una verdura; y se marchaba

pronto, con la excusa del mucho trabajo pendiente; llegaba a la segunda casa sobre las once de la noche, culpaba al periódico de la tardanza, y anunciaba que, dada la tardía hora, sólo tomaría un segundo plato, un poco de pescado, tal vez. Genial.

Descubrí a un hombre libre, sin ataduras, y generoso. A un intelectual de formación germánica que se había sentido deslumbrado por Andalucía. A un progresista que había abierto muchos espacios de libertad sin caer en el estereotipo del hombre de izquierdas. A un comunicador cristiano, como a él le gustaba llamarse, pues «si comunicar es tender puentes hacia las personas que te leen o escuchan, y cristiano es responder al fundamento de nuestra fe, eso es lo que yo soy».

Así, en diciembre de 2004 (¡ya ha llovido!), me presenté en su casa con un borrador de lo que podría ser un intento de plasmar en un papel su impresionante currículum, su vida y su obra. Me recibí con un té con pastas, fieles testigos en adelante de todas nuestras citas; y aunque su respuesta fue una ilusionante sonrisa, sus labios dijeron «no». Estaba convencido, dijo, de que su vida y sus opiniones no interesarían a nadie.

—¿Entonces no?

—Lámame más adelante, déjame que lo piense. Pero ¿de verdad tú crees que yo puedo interesar a alguien?

Y así una y otra vez, durante casi dos años; hasta que, por fin, aceptó a regañadientes vernos todas las semanas, delante de un té y unas pastas, para recordar el pasado. Luego sucedió que los encuentros, a menudo muy cortos, no fueron todas las semanas.

José María ya no era el director vitalista y activo que conocí en El Correo. Padecía desde 1992 una leucemia que le causaba un profundo cansancio, había sufrido un infarto de miocardio en 1997 y arrostraba con entereza los achaques de sus muchos años. Aseguraba que llevaba muriéndose desde hacía tiempo. La verdad es que no fue ya el mismo desde que en 2004 falleció José María Fernández-Palacios, el padre de la familia sevillana que lo tenía acogido en su casa desde hacía medio siglo; Pepe, su amigo del alma. Posteriormente, la muerte de su hermano Antonio supuso un tremendo mazazo del que nunca terminó de recuperarse.

se. Perdió la alegría, se alejó de todo y de todos, se encerró en su «tienda de campaña» y se limitó a esperar...

José María se hizo mayor mientras hablábamos delante de una taza de té y unas pastas.

José María decidió desconectarse del mundo...

Siguió escribiendo hasta septiembre de 2008, cuando con enorme esfuerzo terminó la biografía de fray Leopoldo de Alpanseque. Y, como siempre, con la ayuda inestimable y admirable de Ángela, una de las hijas de Pepe y Marisa, que era su mano derecha, su secretaria y enfermera, sin cuya amabilidad y generosa colaboración no existirían estas páginas.

En el verano de 2009, José María viajó con toda la familia a la playa de Mazagón (Huelva), y sentado en una hamaca se dedicó a contemplar el mar. En septiembre acudió en silla de ruedas a la boda de uno de sus «nietos» y se encontró en la calle con el sacerdote José Chamizo, Defensor del Pueblo Andaluz, a quien saludó con afecto. Desde entonces, no volvió a salir.

El día 15 de noviembre, el dimisionario cardenal arzobispo Carlos Amigo Vallejo tuvo la deferencia de acudir a su casa para despedirse de él, un día antes de abandonar la diócesis con destino a su retiro en Madrid.

Pocos días después, visité a José María para contarle los últimos pormenores del libro. Mientras le hablaba, tomó un zumo y una magdalena. No dejó de mirarme fijamente todo el rato, esbozó lo que pudiera entenderse como una muy leve sonrisa y me estrechó la mano en la despedida, pero no dijo nada.

Afortunadamente para todos, ya había hablado.

Antonio Lorca  
Sevilla, noviembre de 2009

José María falleció en el amanecer del 17 de diciembre. No tuvo tiempo de ver la luz del nuevo día. La llama de su vida se apagó definitivamente tras meses de silencio y alejamiento del mundo. Su desbordante energía se consumió sin hacer ruido. Pero murió con los ojos abiertos; literalmente así, con la curiosidad a flor de piel, para no perder detalle de lo que ocurra en la otra orilla. Periodista siempre.



Mientras las Hermanas de la Cruz lo amortajaban con la casulla que la propia congregación le había regalado tiempo atrás, la noticia de su muerte se extendió rápidamente. La capilla ardiente quedó instalada en «su casa» del Paseo de Colón y allí recibió el homenaje de familiares y amigos. Al día siguiente, una lluviosa mañana de invierno, todos los periódicos de Sevilla ofrecían una amplísima cobertura sobre la personalidad de «un cura que dio voz a los sin voz», «un comunicador todoterreno», «el cura que ayudó a cambiar Sevilla», «un hombre de concordia», «el agitador Javierre», «el cura que se reía con la muerte», «el cura que unía las manos», «un buen sacerdote y periodista ejemplar», «el canónigo de la Giralda y biógrafo de santos subió a los cielos»...

El cardenal Amigo volvió para presidir el funeral que se ofició en la catedral; allí, junto a cuarenta sacerdotes concelebrantes, numerosos sevillanos despidieron a José María, cuyos restos mortales fueron llevados a hombros por «sus nietos». Carlos Amigo inició su homilía con unas atronadoras palabras: «Alabemos la memoria de los hombres de bien»; recordó el equilibrio admirable y la fidelidad de José María a la Iglesia y su apuesta por adaptarse a los nuevos tiempos; lo calificó como «buen sacerdote, piadoso, humilde, amigo de los pobres, sencillo en los comportamientos y amante de la verdad», y destacó «sus mediaciones para acercar las manos de las derechas y las izquierdas, conveniendo a todos los que trabajaban por el bien común».

Tras las honras fúnebres, José María fue enterrado en el cementerio de San Fernando, de tal forma que sus restos mortales descansen para siempre en la ciudad que él eligió para vivir y morir.

# ÍNDICE

<i>Introducción. Té con pastas</i> .....	9
1. «Mi cáncer, mi leucemia» .....	15
2. Javierre «el bueno» .....	25
3. ¡Qué puñetas es la vida! .....	39
4. Televisión, la última parada .....	51
5. Reconciliación sevillana .....	65
6. ¡Con la Iglesia hemos topado! .....	83
7. Otras decepciones .....	103
8. ¡Mis santos! .....	113
9. ¡La gran ruina! .....	127
10. Cuatro veces muerto de miedo .....	143
11. «El Correo»: un soplo de libertad, una decepción .....	163
12. Pepe, Marisa y José María, una pareja de tres .....	207
13. Mis amigos .....	219
14. Los papas de mi vida .....	235
15. Diplomacia vaticana .....	255
16. Ratzinger es alemán .....	267
17. «Roma, Múnich, mi vida» .....	279
18. Falangista y franquista .....	307

## TESTIMONIOS

Algún consejo y mucha bondad (Carlos Amigo) .....	331
El hombre que llamaba todas las noches (Manuel Chaves) ..	333
Una arrolladora personalidad (José María Aznar) .....	336

Sacerdote y Operario (Jesús Rico García) .....	338
Un hombre de profunda humildad (Santiago Grisolia) .....	341
Un ciudadano insustituible (Eduardo Saborido) .....	343
Medalla para un ángel sevillano (Antonio Burgos) .....	345
El extraño caso del lugarteniente de Al Capone (Manuel Olivencia Ruiz) .....	347
El Correo, un periódico libre (Antonio Guerra) .....	351
El café nos lo tomaremos allí arriba (Juan Manuel Albendea) .....	355
Una compleja y rica personalidad (Guillermo J. Jiménez Sánchez) .....	358
A modo de rogativas (Manuel de Unciti) .....	361
Javierre, atrapen al cura (Antonio Hernández-Rodicio) .....	365
José María Javierre y yo (Antonio Montero Moreno) .....	367
Medio siglo y muchos libros (Joaquín Luis Ortega) .....	371
Javierre, «Tierras del Sur» y la «Gran Enciclopedia de Andalucía» (Manuel Ángel Vázquez Medel) .....	375
Rompedor y libre (Juan María Laboa) .....	379
Un hombre importante para la Iglesia (Lope Rubio) .....	381
En la muerte de José María Javierre, reseña oficial de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos .....	385
<i>Índice de nombres</i> .....	389

Al final del camino sólo me dirán:  
¿Has amado?  
Y yo no diré nada;  
abriré mis manos vacías  
y el corazón lleno de nombres.

PEDRO CASALDÁLIGA